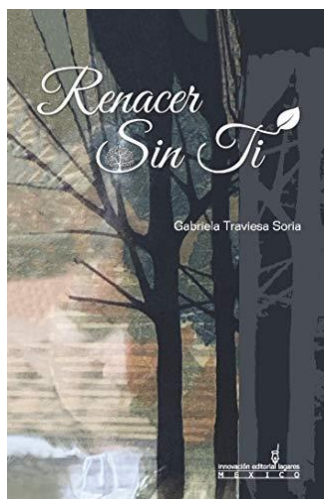


Hemos leído

Traviesa Soria, G. (2020). *Renacer sin ti*. México: Innovación Editorial Lagares.

Carlos Pose

Universidad de Santiago de Compostela



En las últimas décadas hemos asistido a la emergencia de una nueva figura interdisciplinaria, que se mueve entre los campos de la medicina, la psicología y la espiritualidad: la de la persona que acompaña a aquel que está en un momento delicado de su vida. Figuras como la doula, los *patient navigators* o, más recientemente, el tanatólogo, han surgido como respuesta a procesos cada vez más medicalizados: la doula, ayudando a la mujer durante el embarazo y el puerperio; los “*patient navigators*” norteamericanos, brindando apoyo emocional y logístico a los pacientes oncológicos de comunidades vulnerables; y, en fin, el tanatólogo, acompañando a la persona en el proceso de la muerte y del duelo. Todos ellos tienen en común el devolver humanidad a procesos cada vez más

tecnificados.

La “tanatología”, que se ha popularizado, especialmente en el continente americano, como una rama de la psicología, es un fenómeno novedoso. El término fue acuñado en 1905 por el bacteriólogo e inmunólogo, más tarde Premio Nobel de Medicina, Elie Metchnikof, quien lo definió como la ciencia y el estudio de la muerte y del morir desde todas sus perspectivas, la física, la médica, la psicológica, la ética, la espiritual, etc.

Con respecto al uso del término en los diversos países, quizá convenga hacer algunas observaciones. En España funciona desde hace años la Sociedad Española e Internacional de Tanatología. Sin embargo, este término no es muy conocido en el sentido que le otorga la propia Sociedad: la desmitificación de la muerte y el morir aprendiendo a convivir con ella. En Latinoamérica, por el contrario, este parece ser el sentido más extendido, probablemente por influencia norteamericana. De hecho, en inglés, los términos *thanatology* y *thanatologist* se popularizaron a la par que los conceptos que denominan. Y aunque los vocablos para este campo son diversos, el más amplio sigue siendo *death care*, término que refleja tanto en estructura como en fonética el sintagma ya establecido en *health care*.

El libro *Renacer sin ti* de Gabriela Traviesa Soria se presenta como una reflexión en torno al proceso de la muerte, a la vez que ofrece un “diario de campo” de la labor de una figura todavía con escasa presencia en nuestra sociedad. Escrito desde una perspectiva personal, la autora narra casos reales a partir de su experiencia como tanatóloga, como acompañante en el proceso de la muerte, del morir y del duelo. El estilo de escritura remite al muy conocido género de los libros de autoayuda, tan popular en el continente americano. En ocasiones se dirige directamente al lector e intercala entre las historias narradas reflexiones, propuestas de ejercicios que los lectores pueden hacer por su cuenta, e incluso algún poema.

El libro consta de cinco partes teórico narrativas. A lo largo de las dos primeras partes, la autora pone de manifiesto los diferentes roles que puede desempeñar el profesional que acompaña a una persona en la fase final de su vida. Por un lado, el puro acto de acompañar desde una perspectiva pretendidamente “neutra”, porque se entiende que estar presente, dar atención y escuchar puede ser una consolación para quien se encuentra solo ante la muerte. Por otro lado, también gracias a su posición neutral, el profesional puede servir de “intermediario” para que la persona que está en el final de la vida comunique los deseos que de otra forma no es capaz de hacer llegar a sus allegados.

Otra función importante del profesional es la de “mediar”, ayudando de este modo a la familia y al enfermo a resolver los conflictos que puedan surgir entre ellos. En este sentido, puede ser de interés recordar que la figura del “tanatólogo” en esta acepción se aproxima al modelo que ya se había propuesto en la bioética norteamericana a principios de los años 90 y 2000, la llamada “mediación ética”. En aquel caso, se requería la figura del mediador para resolver conflictos entre el equipo médico y el enfermo o su familia, basándose no solo en la formación en bioética, sino también en las habilidades desarrolladas en la mediación jurídica. En este otro, se trata más bien de una mediación psicológica intrafamiliar, puesto que el proceso de morir genera conflictos no solamente éticos y médicos, sino también psicológicos y emocionales.

Finalmente, la labor del profesional pasa por acompañar a los familiares en su duelo, ayudándoles a aceptar la pérdida tanto antes como después de la muerte de su ser querido.

En la tercera parte, la autora destaca la importancia de los grupos de apoyo, cuyo propósito es “compartir experiencias, duelos, miedos, perdones, remordimientos, que muchas veces [las personas] no pueden hacer con sus familiares” (p. 93). Utilizando diferentes técnicas, entre las que destaca la escritura, se fomenta la toma de conciencia y la comunicación de experiencias y sentimientos, con el objeto de avanzar a lo largo de las etapas del duelo hasta asimilar la pérdida. Al parecer, las personas aprenden así a aceptar su mortalidad y a prepararse para su propio final.

La cuarta parte es una recopilación de testimonios de diferentes personas, entre ellas, algunos profesionales de la medicina, acerca de la experiencia de la pérdida de los seres queridos y el duelo.

La sexta y última parte es un cuaderno de ejercicios dirigido al lector. A través de diferentes tipos de escritos (desde cartas a listas de propósitos vitales), la autora pretende acompañar al lector en su proceso de reflexión sobre el final de la vida, tanto de la propia como de la de los seres queridos.

Es justo reconocer que la propuesta de la que se hace eco el libro de Gabriela Travesía Soria surge de una necesidad real de humanizar el final de la vida y de acompañar en este proceso. *Renacer sin ti* es en este sentido un libro de experiencias personales en el que se aborda la tanatología desde un punto de vista práctico, muy lejos de la pretensión de definir la figura del tanatólogo desde el punto de vista teórico. Recordemos, por ejemplo, las dificultades en definir el campo de la consultoría en ética y establecer normas para la formación y acreditación de los consultores en ética en EE.UU., y más recientemente la controversia alrededor de la figura de la doula y sus competencias frente a las matronas en España.

Queda por ver cómo se asentará este modelo a lo largo del tiempo, cómo interactuará con los campos ya establecidos (los cuidados paliativos, el *counselling*, la propia ética clínica, etc.) y qué visibilidad podrá llegar a tener en un sistema de salud como el español en el que la tendencia a la hospitalización y, por tanto, a la medicalización, sigue siendo mayoritaria.